

XXXVIº COLOQUIO DESCARTES

LAS PSICOSIS

Histeria y paranoia, tensiones y diferencias

La idea del siguiente trabajo es ubicar, desde el psicoanálisis, elementos que sirvan para elucidar si la presentación clínica de un sujeto delirante, es suficiente para situarlo en el campo psíquico de la psicosis o la neurosis. Partiendo de las principales diferencias estructurales entre ambas, la neurosis se distingue por la existencia de una legalidad establecida por la inscripción simbólica del Nombre del Padre, posibilitando los mecanismos de la represión, la negación y el retorno de lo reprimido. Contrariamente, en la psicosis, la forclusión del significante del Nombre del Padre implica la carencia de regulación fálica. No hay retorno de lo reprimido porque lo abolido en lo simbólico retorna en lo real. El sujeto está desprovisto de la defensa de la negación. Frente al retorno en lo real, hay una disolución imaginaria, que es con lo que responde el sujeto psicótico cuando algo de la realidad llama a ese significante que falta.

En cuanto a lo fenomenológico, existe en la psicosis un momento de desencadenamiento que ocurre en un tiempo determinado. Los fenómenos elementales, sensaciones sinéscicas de extrañeza o separación con relación al propio cuerpo y los hechos aislados de su vida recordados a la perfección son indicios del desencadenamiento. Así como la irrupción de voces o fragmentos del discurso de otros dirigidos unívocamente al sujeto y distintas manifestaciones del delirio que, según Lacan, implica la existencia de una certeza incommovible conformada de una premisa no dialectizable. Estos datos clínicos son los privilegiados a tener en cuenta para realizar el diagnóstico diferencial. Ahora bien, cuando ubicamos una certeza delirante ¿Esto es siempre solidario con una estructura psicótica? ¿Cualquier sujeto que presente un episodio delirante, quedaría del lado de la psicosis?

En el Seminario III, Jacques Lacan, en el capítulo VII "La disolución imaginaria", dice algo en relación a esta pregunta. Tomando con una nueva mirada el caso Dora, menciona que la misma, siendo un sujeto histérico y no paranoico, padece de un síndrome de persecución. A partir del momento en que el Señor K se retira de la escena, Dora se descompensa y aparece la afirmación delirante de que su padre quiere prostituirla y entregarla al señor K a cambio de mantener relaciones ambiguas con la señora K. El nivel de alteridad de Dora se modifica y la situación se

degrada debido a la ausencia de uno de los componentes del cuadrilátero que le permitía sostenerse. Dice Lacan que una reivindicación contra personajes que supuestamente actúan contra uno no basta para estar en la psicosis. Dora experimenta, respecto de su padre, un fenómeno significativo, interpretativo, alucinatorio incluso, pero no por ello es un sujeto psicótico. Sin embargo, es un fenómeno que está en la vía inefable, intuitiva, de la imputación a otro de hostilidad y mala intención a propósito de una situación en la que ella misma participó del modo electivo más profundo. Lacan ubica la primacía del significante, la sobredeterminación simbólica del síntoma y el goce como la inercia libidinal en el cuerpo y señala que la originalidad de Freud es haber subrayado que el orden simbólico subsiste en cuanto tal fuera del sujeto, diferente a su existencia, y determinándolo.

En el libro Variaciones sobre la psicosis, Germán García también menciona este caso, ubicando una conmoción fantasmática en Dora, que produce una desestabilización no al modo de la psicosis, sino al modo neurótico. Se realiza allí una señalización sobre la alusión delirante, estableciendo la diferencia con el delirio, resultando éste último no exclusivo del campo de las psicosis

Mayor evidencia sobre esta tensión puede rastrearse en otros textos freudianos. En Un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica (1915) Freud es consultado por el caso de una mujer de 30 años, que vivía con su anciana madre (de quien era sostén). No tenía hermanos y el padre había fallecido hacía muchos años. La mujer procuraba protección legal contra la persecución de la cual era objeto por parte de un compañero de trabajo. Afirmaba que dicho sujeto la había hecho fotografiar mientras mantenían relaciones sexuales con el objeto de descalificarla. El hombre en cuestión la había convencido del intercambio sexual, con la promesa de evitarle cualquier peligro. En un momento del encuentro escucha un ruido que la sobresalta y al salir del piso se cruza con dos individuos que murmuraban algo. Impresionada, elaboró una teoría persecutoria y no hubo forma de desvanecer estas sospechas.

A ese momento, a partir de las observaciones psicoanalíticas, Freud había establecido una relación directa de la paranoia con la homosexualidad y este caso contradecía abiertamente dicha hipótesis. Aparentemente la joven rechaza el amor de un hombre, convirtiéndolo en su perseguidor, sin indicio de alguna influencia homosexual. Aparece en escena una anciana directora de modos maternos, con quien el hombre conversó al día siguiente del encuentro amoroso. En ese momento la mujer fija la convicción de que no sólo mantienen una relación íntima su amigo y la mujer mayor,

sino que además está siendo delatada en su aventura. De este modo Freud construye la escena edípica, en la cual la anciana sería un subrogado materno, y el hombre es colocado en el lugar del padre, siendo el poderío del complejo materno lo que obliga a la joven a suponer un romance entre ambos personajes tan desiguales. Con esta construcción desaparece la contradicción a la teoría psicoanalítica que presupone el desarrollo de un delirio persecutorio con la existencia de una fuerte ligazón homosexual. En este caso el perseguidor no sería el hombre, sino la mujer. El amor a la madre, bajo la forma de la conciencia moral, detiene a la joven en el camino de la satisfacción sexual. La madre cumpliría la función de detener la vida sexual de la hija basándose en motivaciones inconscientes y sería tarea de la hija desligarse de estas privaciones decidiendo si avanzar en su satisfacción o privación del goce sexual. Si en este intento sucumbe a la enfermedad neurótica, es debido a la sumisión frente a la influencia materna, que por supuesto, responde siempre a las relaciones infantiles con la imagen materna primitiva y no a la relación presente.

La importancia de este caso es que nuestro sujeto se defiende del amor de un hombre mediante un delirio paranoico. La trayectoria del delirio se dirigía hacia una mujer en el origen, para luego desviarse hacia el hombre como objeto. Este progreso no es habitual en la paranoia, en donde el perseguido permanece anclado, fijado a la misma persona y, como consecuencia, al mismo sexo de su elección amorosa anterior a la paranoia. Ahora bien, esta desviación no resulta imposible en la enfermedad neurótica. Y por ello este caso se convierte en un prototipo en donde el delirio adquiere la dimensión de un síntoma neurótico

Otro ejemplo de neurosis con manifestación delirante es Una neurosis demoníaca en el siglo XVII (1922). Este caso expone el historial patológico neurótico del pintor Cristóbal Haitzmann, quien sufre una serie de episodios delirantes. En el año 1677 se les atribuían a las enfermedades psíquicas características demoníacas. El pintor confiesa haber realizado un pacto con el diablo obligado por la tristeza causada tras la muerte del padre, luego de la cual experimentó la imposibilidad de trabajar llegando, incluso, a temer por su vida. El episodio se repite meses más tarde, pero esta vez eran figuras sagradas que lo atormentaban en lugar de demonios. En el transcurso del caso vemos como en el sujeto las fantasías de tentación son sustituidas primero por fantasías ascéticas y luego por fantasías punitivas. Estos tres factores: la depresión, la incapacidad de trabajar y la tristeza se enlazan de modo complejo. No sufría solamente de angustias espirituales sino también de necesidades materiales. Sus piadosas visiones, dice Freud, están en relación a elegir un modo de vida que lo libre de procurarse el sustento. Haitzmann era un artista mundano a quien no le

resultaba fácil tomar la decisión de renunciar a los placeres del mundo del pecado, pero se vio obligado a hacerlo por su precaria situación económica. Ingresó a una orden monacal, poniéndole fin tanto a su lucha interior como a sus privaciones materiales. Su neurosis refleja esto, yendo en un primer tiempo del demonio como subrogado del padre sustentador, hasta llegar a los padres piadosos de la Orden de la Merced. Esto mostraría como en algunas ocasiones, una desgracia material, resulta provocadora de una neurosis que procura como efecto secundario la ventaja de ocultar en sus síntomas, las preocupaciones reales. Sin embargo, esta presentación es excepcional ya que con mayor generalidad la neurosis resulta independiente de los intereses de la conservación y la afirmación de la existencia. El dinamismo de la neurosis es un estancamiento de la libido, imposible de satisfacer en la realidad, por lo que crea un modo de manifestarse a través de lo inconsciente reprimido, por medio de la producción sintomática. Podría confirmarse nuevamente, la presencia de episodios delirantes enmarcados en una estructura neurótica, comprobando que lo verdaderamente paradigmático, son los textos Freudianos.

A partir del recorrido realizado, quedaría establecido que puede existir delirio sin que ese sólo elemento ubique al sujeto dentro del campo de la psicosis. Tanto Dora, como la joven mujer del caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica y Cristóbal Haitzmann, manifestaban la certeza delirante de estar siendo perseguidos, con el objetivo inequívoco de ser perjudicados. Estos sujetos afirmaron esas elaboraciones de modo inmovible. Será tarea del psicoanalista poder discernir en el caso por caso, lo necesario para arribar a un diagnóstico acertado. Freud en La iniciación del tratamiento (1913) plantea que, desde otros abordajes, realizar un diagnóstico equivocado, no reviste mayor gravedad considerando que el interés es puramente académico y el error sería teórico. En cambio, en la práctica del psicoanálisis, establecer un diagnóstico diferencial es fundamental, ya que no es una simple nominación. Según la estructura en la que nos encontremos, dentro del campo de la psicosis o las neurosis, se actuará de una manera u otra en la dirección de la cura de dicho sujeto. Teniendo en cuenta, por ejemplo, que, en la neurosis, el fantasma puede ser dialectizado, en cambio con la premisa psicótica no existe esa posibilidad.

El psicoanalista que parta de un diagnóstico equivocado, dice Freud, no sólo incurrirá en una falta de carácter práctico, sino que impondrá al sujeto un esfuerzo perjudicial, al mismo tiempo que desacreditará su propia práctica. En las llamadas entrevistas a tratamientos de prueba debe destinarse el tiempo necesario para tomar las decisiones pertinentes. Siguiendo a Franz Kafka cuando dice que “todos los errores humanos son fruto de la impaciencia”, es de suma importancia

en la práctica del psicoanálisis evitar la comprensión precipitada. Freud tenía muy en cuenta las numerosas veces que se juzgó de manera errónea a los pacientes psíquicos por no ocuparse de ellos con el detenimiento necesario y por no haber reunido los datos clínicos suficientes. Por esto proseguía una investigación detallada cada vez.

En la misma dirección, leemos en el tomo II de Conferencias Porteñas “Lacan nos enseña a no borrar el momento de perplejidad, a no salir corriendo con nuestro saber, apoyado en nuestro fantasma para descifrar y afirmar que no tenemos ninguna dificultad y entendemos lo que pasa. Intentar no entender lo que pasa es una disciplina” (Miller, 1989, 298).

Por último, en un comentario del libro Variaciones sobre psicosis, Germán García menciona la importancia para el analista de ser capaz de desprenderse de lo ya sabido, del supuesto previo para no forzar dentro de conceptos cristalizados las presentaciones clínicas. Es necesario dejar de lado el apuro, realizar las indagaciones pertinentes para no diagnosticar de manera errónea y poder decidir el curso posible de un análisis para cada sujeto.

Pamela Morelli

Referencias bibliográficas:

Freud, S. Fragmento de análisis de un caso de Histeria

Freud, S. La iniciación del tratamiento

Freud, S. Un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica

Freud, S. Una neurosis demoníaca en el siglo XVII

García, G. Variaciones sobre psicosis

Lacan, J. Seminario 3

Miller, J. Conferencias porteñas Tomo II. Ed. Paidós